

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|----------------------------------|-----------|--|
| | 5 | Trinidad y Eucaristía |
| <i>Lucio Florio</i> | 7 | Los Lugares del Encuentro Trinitario |
| <i>Alberto Espezel</i> | 16 | Encarnación - Resurrección - Eucaristía |
| <i>Jean Corbon</i> | 24 | Rezar y Celebrar en la Trinidad Santa |
| <i>María Manuela de Carvalho</i> | 42 | Dimensión Trinitaria de la Adoración Eucarística |
| <i>Adriana Rogliano</i> | 50 | La Trinidad y la Gracia en la Divina Comedia |
| <i>Sante Babolin</i> | 59 | El Icono de la Trinidad de Rublëv |
| <i>Alberto Espezel</i> | 71 | Gisbert Greshake, <i>Der Dreieine Gott, Eine trinitarische Theologie,</i> |
| <i>Juan Francisco Franck</i> | 73 | De la interioridad a la trascendencia |

Encarnación - Resurrección - Eucaristía

*por Alberto Espezel**

*Caro salutis est cardo
La carne es quicio de la salvación*

Tertuliano

I. Encarnación-Resurrección

En un pasaje admirable, al que volvemos a menudo, Atanasio afirma con una transparencia lapidaria, envidiable para nosotros, postmodernos modernos y dialécticos: "El (Verbo) tomó un cuerpo capaz de morir para ofrecerlo por todos"¹. Retomando esta idea, y dejándonos inspirar por Cirilo de Alejandría, agregaríamos: "Jesús nació para morir y resucitar, abriéndonos definitivamente el camino del Padre y dándonos para ello su Espíritu Santo", Espíritu que en su donación y misión es el verdadero resultado, efecto y consecuencia del Misterio Pascual, donado a la Iglesia por el Resucitado (Jn.20,20).

Toda la vida de Jesús corre, en efecto, hacia la Cruz -Resurrección - Donación del Espíritu filial por parte del Resucitado. Pero esta culminación de la vida de Jesús acontece a partir de una muy real vida de hombre, en una lenta maduración de una niñez y una vida adulta llena de vicisitudes y finalmente también llena de conflictos, en la trama real y dramática de un juego de libertades que culminan en la muerte de Cruz. Inútil nos parece la hipótesis guardiniana -repetida en nuestros días- de que Jesús hubiera podido redimirnos ins-

* Profesor de Teología Dogmática en diversos institutos, director de la revista.

1- Atanasio de Alejandría, De Incarnatione, 20.

taurando el Reino en paz y llegando así a una ancianidad llena de riqueza y de luz, salvo que con esa hipótesis lo que quisiera en el fondo subrayar el perspicaz Guardini fuera la entidad del juego de libertades reales que toman parte en el proceso y la muerte de Jesús. De hecho nos parece plenamente válida la visión dramática de la Cruz de Jesús (Balthasar, González de Cardedal, Schwager y a su modo Sobrino), que desea destacar la historia real ocurrida, las motivaciones concretas, los intereses y las libertades que allí se conjugaron y desencadenaron el proceso y la muerte de Jesús.

Pero volvamos a la encarnación y a la vida de Jesús. A su lento crecimiento y a su larguísima vida oculta, en relación con el arco completo de su vida, que culmina en su ministerio público comparativamente breve. En efecto, toda la vida de Jesús, con su lenta maduración, ha sido meritoria y redentora. Habría que volver a poner los ojos en la misteriosa vida oculta de Nazareth, como lo hizo Charles de Foucauld, (y a su modo, tanto más modesto, Berlioz en su "Enfance du Christ" donde medita en la huída a Egipto) con lo poco que sabemos sobre ella, para redescubrir en toda su entidad el sentido de la encarnación redentora.

Ahora bien, esta vida de Jesús es "existencia en recepción" (Balthasar) y en gratitud vuelta hacia el Padre. El es y vive como la Gratitud Subsistente (Norris Clarke), vuelto en permanente acción de gracias hacia el Padre, de quien todo recibe en el Espíritu Santo: su persona y su misión, esa misión a tal punto constitutiva de su ser que Balthasar la identifica con su persona.

Su existencia para los otros, su *pro-existencia*, como muchos teólogos contemporáneos expresan con una fórmula feliz, es "desde" y "hacia" el Padre y el Espíritu, por un lado, y desde y hacia los hombres, por otro lado, en análoga diferencia a la existente entre las relaciones intratrinitarias. Su misión consiste en que "cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn.12,32) para llevarlos al Padre por medio del Espíritu Santo. Por eso El es la puerta (Jn.10,7) y el camino (Jn.14,6). Pero una puerta y un camino singulares: en El ya está su Padre, en virtud de la mutua inmanencia trinitaria (circumincisión o *perichóresis*), de allí la respuesta consoladora y definitiva: "Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn.14,9). Jesús es el camino donde la meta ya se encuentra presente. Y si lo contemplamos en forma escatológica diríamos que es el camino donde la meta ya va estando presente en tensión hacia su consumación.

Traduzcámoslo en forma más sencilla: en Jesús está el Hijo encarnado, y por estar el Hijo están el Padre y el Espíritu del Padre y del Hijo. Pero en Jesús se encuentra Dios no como medio o instrumento a superar, para *desde allí* llegar a Dios, sino que en Jesús, en su entraña, en su consistencia y entidad de figura completa corpóreo espiritual, allí encontramos al Hijo que asume hipostáticamente una humanidad concreta. No he de pasar por la humanidad de Jesús para llegar al Hijo y de allí pasar al Padre y al Espíritu. En Jesús, en su carne, en su figura está para siempre Dios Hijo, y con El, su Padre y el Espíritu².

Con relación a esta figura de Jesús, Lucio Florio sostiene que “esta encarnación del Logos-Sentido alumbra una nueva manera de ver, “reconfigura” la percepción humana. Si es cierto que el Logos o Sentido absoluto despliega su entidad en un descenso a través de la escala de los seres hasta “kenotizarse” en lo sensible (en una prodigiosa *conversio ad phantasmata*) entonces, toda la realidad figurativa mundana se organiza a partir de este evento. En otras palabras: todo lo que percibimos con nuestros sentidos queda orientado a partir de este “horizonte figurativo” producido por Jesucristo” quien ordena así la pluralidad mundana de figuras. Pero al hacerlo, se expuso a ser una figura más, y se sujetó al universo figurativo de la creación y del hombre.³

Se da aquí una *ley de la corporalidad o ley de la carne* constitutiva de lo cristiano. *Caro salutis est cardo*, como decíamos al comienzo, la carne es el quicio de la salvación. La realidad de la salvación se da en el mundo en una figura corpórea que va a ser de algún modo eternizada en la Resurrección, y va a ser actualizada en la Eucaristía de la Iglesia en su entrega al Padre. El cuerpo no es más sombra de lo divino (y menos aún valla u obstáculo de lo divino), va a llegar a ser más que signo del Creador, va a ser asumido por Dios hasta el grado impensable de la ascensión hipostática que funda una inmediateidad de Dios a la creatura, una cercanía nueva e incomparable, totalmente singular.

Con Platón entonces, habría que tener siempre presente su admirable entusiasmo divino (contra algunos pensadores ateamente resentidos contra Platón), pero con los padres griegos habría que hablar de la consecuente divinización del hombre y de la creación, en el respeto de la *analogia entis* entre el Creador y la creatura, extraña a todo panteísmo y a partir del modelo de Calcedonia: la naturaleza divina y

2- Balthasar, *Herrlichkeit I*, 420-421

3- Lucio Florio, *El sentido encarnado, referencia figurativa para un mundo laberintico*, Est. Trin (1998), 97-113

la humana se encuentran en Cristo sin confusión y sin cambio, sin división y sin separación, modelo que invita a pensar en forma analógica también el misterio de la gracia del Espíritu Santo en el hombre.

Esta ley de la carne no concluye con la encarnación del Verbo. La encarnación, con la figura primordial de Jesús, funda una revalorización de lo figurativo y de algún modo rescata y articula toda figura creada. Todo el mundo sacramental de la Iglesia, vivido en la liturgia, en el rito celebrado y de algún modo vivido también como juego sagrado, con su contenido festivo y gozoso, late al ritmo de esta ley de la encarnación llena de consecuencias antropológicas, donde el hombre postmoderno está llamado a reencontrar su unidad perdida entre la *res extensa* y la *res cogitans* cartesiana escindidas permanentemente desde una modernidad marcada en forma creciente por la racionalización y la técnica.

Este hombre postmoderno ha perdido su mundo *natural* para habitar cada vez más un mundo *cultural* de una pluralidad tal que Florio describe como un verdadero laberinto, donde la pregunta por la orientación y el sentido se hacen cada vez más acuciantes. Habría que sacar a la luz, como algunos lo han hecho, todas las facetas antropológicas existentes en el rito y la celebración cristianas, y muy especialmente en el rito supremo que culmina en un memorial que es al mismo tiempo comida y bebida, que veremos en seguida.

La divinización misma del hombre supone entonces una confirmación de su consistencia creatural, donde la participación en Dios por la gracia significa una personalización mayor por obra del Espíritu del Padre y del Hijo en el lugar del Hijo, y donde la configuración filial con el Hijo conllevará una obediencia filial más perfecta, junto a la libertad más acabada y la más consumada autonomía. Si Jesús es el hombre libre por excelencia, el santo, de Pablo de Tarso a Edith Stein, por ejemplo, también lo es.

La presencia del Hijo en Jesús a partir de la encarnación (también en la resurrección y en la Eucaristía) es una presencia que llamaríamos en movimiento, en virtud de lo que El es como relación subsistente hacia el Padre y hacia el Espíritu que lo personifica en su filiación (Greshake, Durrwell).

Como decíamos antes, Jesús, el Hijo encarnado del eterno Padre, viene para llevarnos a su Padre, para hacernos entrar en su mo-

vimiento relacional trinitario hacia el Padre. El Espíritu es el medio personal en el que Él dialoga con su *Abbá*, es el medio en el cual se ofrece al Padre (Heb.9,14), y también el medio que nos lleva a nosotros hacia el Padre, uniéndonos con Jesús en la celebración, en la oración, a quien es el autor (*archegon*) y consumidor de la fe, el primero que se nos adelanta hacia el Padre (Heb.12,2).

Las escenas de encuentros con el Resucitado nos muestran a Jesús también en movimiento, como yéndose hacia el Padre para prepararnos una morada, porque “volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros” (Jn.14,23). H.Schlier muestra que Jesús se aparece como el que se despide. En el encuentro con María Magdalena le dice: “No me toques, que todavía no he subido al Padre” (Jn.20,17). En la escena de encuentro con los peregrinos de Emaús “se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero El desapareció de su lado” (Lc.24,31). Finalmente “sucedió que mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo” (Lc.24,51).

Vuelve al Padre, pero habiéndose manifestado con una presencia real, nueva, verdadera, objetiva, reconocible como la del mismo Jesús terreno aunque ahora transfigurado: “mirad mis manos y mis pies, soy yo mismo” (Lc.24,39). Presencia nueva, pero real, carnal, de algún modo fugaz, en movimiento, temporaria porque suena ya la hora del Paráclito: “cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn.16,13). “El Espíritu que el Padre enviará en mi nombre os lo enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho” (Jn.14,26).

Esta carne transfigurada del Señor va al Padre para siempre, y abre en Dios el espacio a toda carne, a todo hombre. La Resurrección- Ascensión no concluyen la encarnación del Hijo. Cuando Jesús va al Padre no termina el misterio de la encarnación. Finaliza su *status exinanitionis*, pero la carne no es superada sino transfigurada y confirmada por el Espíritu, llevando por así decirlo toda la vida y la historia personal vivida de Jesús a su consumación y permanencia definitivas.

El Resucitado y *Kyrios*- Señor, con su Espíritu inauguran una nueva forma de su presencia en la Iglesia, donde, como decíamos, sigue teniendo vigencia la ley de la carne salvífica, vivida ahora en la liturgia celebrada de la Iglesia.

II. Eucaristía

En la fuerza del Espíritu entonces -epiclesis o invocación de Espíritu sobre las ofrendas, justo antes de las palabras consacratorias-, el ministro ungido por el Espíritu hará presente al Crucificado-Resucitado en la Eucaristía, para que quienes coman y beban el cuerpo y sangre de Jesús vivan la comunión en el mismo Espíritu -epiclesis sobre los comunicantes-.

El cuerpo y la sangre de Cristo presentes en la Eucaristía son el cuerpo y la sangre de Cristo muerto y resucitado. En la Eucaristía se encuentra "ipsum Chistum passum" (ST III, 73,6 C) dice Sto. Tomás. "Passum et resuscitatum" agregaríamos, porque allí está Jesús en su Misterio Pascual ofreciéndose por nosotros e incorporándonos en su oblación al Padre realizada en el Espíritu. Incorporándonos justamente en el comer y el beber su cuerpo y su sangre.

Lo que decíamos sobre la figura corporal del Señor, en quien encontramos al Hijo encarnado, se reproduce a su modo aquí, en su cuerpo y sangre sacramentales. Es ahora en la corporeidad de las ofrendas transustanciadas donde se nos da el Hijo en su entrega al Padre. La materialidad de las especies no son "puro instrumento", son signo real-simbólico: allí comemos inmediatamente el cuerpo y la sangre de Jesús entregado y nos incorporamos a El en su entrega al Padre. La ley de la encarnación salvífica con su realismo salvífico (Scheffczyk) sigue en toda su vigencia, alejada de gnosticismos espiritualistas y anticipando, como el Resucitado mismo, la transformación escatológica de la creación entera en los tiempos finales.

Retomamos la idea de Jesús en movimiento hacia el Padre en el Espíritu Santo. La oblación de la Cruz es la culminación de la proexistencia de Jesús hacia el Padre y hacia los hermanos. Jesús muere *hacia* el Padre en el Espíritu. La muerte como entrega sella, traduce y culmina al mismo tiempo humanamente su "esse ad" relacional hacia el Padre en el Espíritu. Por su parte el Padre recibe y asiente a esta oblación del Hijo, resucitándolo en el Espíritu.

La Eucaristía hace presente, actualiza esta misma oblación de Jesús por medio de la presencia del cuerpo entregado y de la sangre derramada de Jesús. Como decíamos, en la Eucaristía está presente Jesús *en cuanto entregado a la muerte y resucitado*, y lo está allí para incorporarnos por medio de la comida y la bebida en su mismo movimien-

to de entrega al Padre en el Espíritu Santo.

Por eso, la vida cristiana en nuestro actual estado de viadores, entrando en el nuevo siglo y en el nuevo milenio, consiste en un irnos introduciendo paulatinamente -en la fidelidad, la lucha muchas veces difícil contra el pecado incrustado en nuestras vidas, la paciencia y la confianza de cada día, la edificación de una ciudad terrena más justa y más bella- en este camino hacia el Padre que se sella sacramentalmente de una manera incomparable en la celebración eucarística, que funda, construye y constituye la Iglesia en torno a la oblación de Jesús. Henri de Lubac nos enseñó de modo admirable cómo la Eucaristía es centro y corazón de la vida de la Iglesia, tanto en la celebración dominical, con la comunidad que hace memoria gozosa de la Resurrección del Señor, como también en la sencilla Eucaristía cotidiana, con una parte de la comunidad, donde los cristianos ponen su vida entera junto a la oblación de su Señor, incorporándose y haciéndose con-corpóreos con El, como decían los Padres. Pero nunca separados de toda la comunidad eclesial, y aún de la humanidad entera, sino viviendo su inserción en el Señor también por los demás y para los demás, sabiendo que participan análogamente en su propio lugar de la misteriosa representatividad del Señor, su cabeza eclesial, y que en la ciudad secular el cristiano ora no sólo por los demás, sino en el lugar de los demás, y que a su modo los representa en Cristo frente y hacia el Padre en la comunión del Espíritu.

Incluiríamos aquí el tema de la misión eclesial, continuación de la misión del Hijo. La Eucaristía se abre a la *missio* y aspira a una *missio* cada vez más universal y abarcadora. No se trata de contraponer comunión y misión. Más aún, y como lo dice expresamente Greshake en su inagotable libro sobre el Dios Uno y Trino, hay que contemplar la *missio* como una modalidad de la *communio*. La comunión obrada por la Eucaristía no es una comunión cerrada en sí, centrípetas, en un puro movimiento autosuficiente hacia adentro de la Iglesia. La comunión con quien vivió como nadie la misión -Jesús-, empuja en el Espíritu allí bebido a participar en la misión desde el propio lugar que cada uno ocupa en el admirable y polifónico coro de la Iglesia. Sabiendo que la Iglesia es constitutivamente misionera y evangelizadora o no es Iglesia. Nada más lejos de una auténtica *communio* que el espíritu de ghetto. Vivir en el nosotros de la comunión eclesial supone vivir la misión en la modalidad y el carisma de cada uno, y en el horizonte inabarcable más universal y por tanto más católico. Y ésto, vivido como servicio y como martirio-testimonio en un mundo

contemporáneo difícil, duro, autosuficiente, competitivo, frío, calculador, autónomo, unidimensionalmente masculino, cada vez más carente de niñez y de femineidad, tantas veces incapaz de escuchar con realismo la sed de Dios que, en el fondo, lo carcome.

La culminación de la Eucaristía será la liturgia definitiva celeste donde el Cordero degollado (viviente y de pie: Ap.5,6) nos presentará al Padre para que sea todo en todos (1Co.15,28).

Así como el Cordero lleva sus heridas y su historia consigo, en una transfiguración (o eternización) de su entera historia terrena vivida, así también estamos llamados a transfigurar para siempre nuestra historia vivida unidos al Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Consumación perdurable de la propia historia vivida, purificada en el encuentro con el Señor y Juez, que nos hará capaces de Dios, aptos para Dios y para su Iglesia, pero no anulación ni olvido de una vida que se va configurando a través de una lenta maduración personal, marcada por la gracia y el pecado.

Concluyamos subrayando la continuidad de nuestro tema: Encarnación, Resurrección, Eucaristía. Subyacente a nuestra reflexión se halla la restauración de la creación entera, la voluntad salvífica y agraciante universal de Dios y la fidelidad a su propia obra creada, como lo recordaba San Ireneo. Las misiones trinitarias del Hijo y del Espíritu obran, en efecto, la restauración de la creación originaria. Dios es, en efecto fiel a su obra, y quiere consumarla con nuestra propia colaboración, de allí nuestra libertad de hijos, libertad a ser vivida en el contexto de la propia misión teologal, que se integra eclesialmente en la misión del Hijo Jesús.